



De naufragios y cajas chinas Una ficción en torno a otra ficción

por Sandra Lorenzano

“No todo el que lleva la marca del naufragio se siente
náufrago en el fondo de su corazón.”

Foe

PUNTO DE PARTIDA

El escritor sudafricano J.M. Coetzee fue invitado en el año 1997 a la Cátedra Tanner de la Universidad de Princeton. En esa ocasión construyó sus presentaciones como conferencias pronunciadas por una novelista de ficción: Elizabeth Costello. Elizabeth Costello es, en la propuesta de Coetzee, una reconocida escritora australiana que saltó a la fama con una novela llamada *La casa en Eccles Street* sobre Molly, la mujer de Leopold Bloom, protagonista del *Ulises* de Joyce, libro que, por su parte, tanto le debe al bueno de Homero. En este despliegue de cajas chinas, Coetzee leyó en sus conferencias de Princeton – reunidas después en un volumen llamado *La vida de los animales* – lo que supuestamente Costello había dicho en las suyas. Elizabeth Costello volvió a aparecer pocos años más tarde, en 2003, en un libro que lleva su nombre



como título y que reúne otras siete “conferencias”, más un octavo capítulo y un epílogo. Como parte de ese libro se incluyó *La vida de los animales*. La escritora septuagenaria fue posteriormente una presencia importante en la novela *Hombre lento*, donde confronta al escritor protagonista a través de agudos y provocadores comentarios metaliterarios.

Siguiendo esta propuesta de múltiples rostros intentaré en las páginas siguientes jugar también yo con algunos de los hilos que se cruzan en esta madeja o, en todo caso, tramar (trama: escritura y tejido) una pequeña historia a su alrededor.

La historia de S., una profesora de literatura, que escucha a una escritora llamada Elizabeth Costello. Así las páginas siguientes son el relato ficcional de lo que S. pensó y escuchó en la conferencia de la también ficcional Elizabeth Costello.

Anoto en cursivas todas aquellas citas textuales tomadas de las novelas de Coetzee. Entre comillas están las frases atribuidas a Costello pero que yo misma he escrito.

Aquí empieza el juego:

1.

¿Quién es Elizabeth Costello? Una escritora australiana nacida en 1928 que escribió *nueve novelas, dos libros de poemas, un libro sobre ornitología y ha publicado bastante obra periodística*. (...) saltó a la fama con su cuarta novela, *La casa de Eccles Street* (1969)... *En la última década se ha desarrollado en torno a ella una pequeña industria crítica. Incluso existe una Elizabeth Costello Society, con base en Albuquerque, que publica un boletín trimestral, el Elizabeth Costello Newsletter*. (Coetzee, *Elizabeth Costello*¹, p. 7)

La casa de Eccles Street es ya una referencia ineludible para el posfeminismo. La escritora suele encontrar en sus presentaciones mujeres jóvenes que le hacen comentarios del tipo del que lanzó quien le hizo una entrevista esta mañana, antes de la conferencia:

- ...su protagonista, *Marion Bloom*, se niega a tener relaciones sexuales con su marido hasta que éste haya descubierto quién es. *¿Es eso lo que está diciendo usted? ¿Que hasta que los hombres hayan encontrado una nueva identidad pospatriarcal las mujeres deben mantenerse separadas de ellos?* (Elizabeth Costello, p. 17)

¿Eso quiso decir ella?, piensa la escritora. Cuando escucha esos cuestionamientos se lo pregunta. No está segura. Han pasado ya más de treinta años y sus preocupaciones han cambiado. La lucha de las mujeres no es la misma hoy que en los años sesenta. Aunque, considera, habría que recuperar algunos de los principios básicos de esa lucha. El avance del pensamiento neoliberal conservador, la aterra. Escribió ocho novelas más además de *Eccles Street*. ¿Nadie las ha leído? ¿A nadie le importan? ¿Por qué le preguntan siempre sobre su Marion Bloom y no sobre ninguna de las otras historias que ha escrito?

¹ La edición que se usará a lo largo del texto es: Coetzee J. M., 2014, *Elizabeth Costello*, Debolsillo, México.



- Elizabeth Costello, usted ha sacado a Molly de la casa de Eccles Street, donde su marido y su amante y en cierta forma su autor la habían encerrado, donde la habían convertido en una especie de abeja reina, incapaz de volar, y la ha soltado por las calles de Dublín. ¿No le parece a usted una desafío a Joyce, por su parte, una réplica? (...) Ve a las mujeres en general como prisioneras del matrimonio y de lo doméstico. (Elizabeth Costello, p. 19)

Una y otra vez lo mismo. Ella explica: Molly es prisionera del matrimonio, pero también Leopold lo es. Si ella está encerrada en el hogar conyugal, él está atrapado en el exterior. Así que tenemos a Odiseo intentando entrar y a Penélope intentando salir. Esa es la comedia, el mito cómico, que Joyce y yo estamos honrando, cada cual a su manera. (Elizabeth Costello, p. 19)

2.

S., profesora en alguna universidad latinoamericana, digamos mexicana (¿por qué no?, finalmente México y Sudáfrica comparten una historia colonial y un destino poscolonial en la época contemporánea, tal como lo planteó el propio Coetzee en la conferencia realmente dada en la Universidad Iberoamericana del Distrito Federal), viaja a un congreso en California. Allí escucha a una de las escritoras contemporáneas que más admira, aquella sobre la que escribió su tesis de doctorado, Elizabeth Costello.

Llega a UCSD muy emocionada ante la posibilidad de escuchar a su ídola, a su guru literaria. Para ella es como poder escuchar a Sor Juana o a Virginia Woolf.

El auditorio principal de la universidad está repleto. Más de la mitad del público está formado por mujeres. Muchas son de su edad – aquellas que leyeron *La casa de Eccles Street* en la licenciatura –, pero también las hay más jóvenes. Casi todas tienen su ejemplar en las manos. También S. ha llevado el suyo. Ojalá Elizabeth quiera firmarlo. ¿Ha dicho que más de la mitad son mujeres? Tendría que decir que cerca del ochenta por ciento lo son. ¿Qué pasa? ¿A los hombres no les interesa lo que escriben las mujeres? ¿A comienzos del siglo XXI eso sigue igual que siempre? Daría para hacer una larga reflexión al respecto, piensa. Pero también piensa en el mar, en el sol, y en la ilusión que le hace escuchar a Costello. Deja el tema para otro momento. Quizás para el artículo que ha prometido a *Debate feminista*.

Recuerda entonces que el propio J. M. Coetzee, Premio Nobel de Literatura, citó ampliamente a la australiana en sus conferencias sobre la vida de los animales.

Hace una breve digresión interior para recordar algunas notas sobre las novelas de Coetzee, un autor que también la apasiona. Los estudiosos de su obra suelen hablar de dos etapas separadas por el libro que lo hizo conocido a nivel mundial: *Disgrace*, traducido como *Desgracia* aunque, como bien señala Juan Villoro, la traducción correcta debería ser *Deshonra*. Sin embargo, más allá de esta división, en muchas de ellas puede leerse una apuesta permanente a lo metaliterario y lo intertextual. Así, se ve la huella de Beckett en *En medio de ninguna parte*, de Cavafis en *Esperando a los bárbaros*, del universo kafkiano en *Vida y época de Michael K*, *El maestro de Petersburgo*, toma como base la vida de Dostoevsky. En *La edad de hierro* la protagonista, profesora



de literatura clásica, alude a Shakespeare y a Virgilio; también *Desgracia* y *Diario de un mal año* tienen como protagonistas a profesores de literatura.

Un lugar especial merece el caso de *Foe*. O, mejor dicho: un lugar especial merecería el análisis de la relación de Coetzee con *Robinson Crusoe*.

Justamente de esa novela está tomada la frase que Elizabeth Costello lee, a manera de epígrafe, al comienzo de su conferencia en California: "No todo el que lleva la marca del naufragio se siente náufrago en el fondo de su corazón." La escritora australiana parte de ese libro y de la reescritura que hace Coetzee del clásico de Daniel Defoe, para referirse más adelante a su propia reescritura del personaje de Molly Bloom.

En *Foe*, dice Costello, Coetzee parte de la historia del náufrago publicada en Inglaterra en 1719. Suele decirse que es probable que Daniel Defoe (el apellido de la familia fue Foe hasta 1690, año en que el propio escritor decide agregarle el "De") tomara como modelo la historia real del naufragio del marinero escocés Alexander Selkirk quien fue rescatado en 1709 tras pasar cuatro años en una isla desierta en el archipiélago Juan Fernández, frente a Chile. La isla lleva hoy su nombre. A otra de las islas la bautizaron como Robinson Crusoe; curioso cruce entre realidad y ficción. Costello cita el poema que Jorge Luis Borges le dedicó al escocés y que sintetiza el desacomodo del náufrago cuando regresa a su sociedad de origen, tema que tocan también Coetzee y el propio Defoe. Las dos últimas estrofas del poema de Borges dicen:

*Dios me ha devuelto al mundo de los hombres,
a espejos, puertas, números y nombres,
y ya no soy aquel que eternamente
miraba el mar y su profunda estepa
¿y cómo haré para que ese otro sepa
que estoy aquí, salvado, entre mi gente?*

Coetzee toma esta novela que lo deslumbró en la infancia, sigue diciendo Elizabeth Costello – con sus más de setenta años, el pelo blanco y expresión cansada –, pero le da una vuelta sumamente interesante al cambiar al narrador clásico, es decir al propio Crusoe, quien en la novela de Defoe cuenta su historia en primera persona al regresar a Inglaterra después de veintiséis años en la isla, y poner como sujeto de la enunciación a una mujer. Sí, dice mirando al público, *Foe*, palabra que literalmente quiere decir "enemigo", está contada por una mujer. ¿Quién es ella? La inglesa Susan Barton, cuya hija ha sido secuestrada, y que decide emprender un viaje hacia Brasil para tratar de encontrarla. Después de estar un tiempo en aquel país se embarca de regreso hacia Europa, pero su barco naufraga y termina llegando a una isla donde hay sólo dos habitantes: Cruso (sin e final) y Viernes. Susan será la narradora en primera persona a lo largo del relato.

Dicho esto, Elizabeth Costello hace un resumen de la novela, analizando cada una de sus tres partes: la primera abarca desde el naufragio de Barton y su llegada a la isla hasta que son rescatados. En el trayecto hacia Inglaterra, Cruso muere, a diferencia



de lo que sucede en el libro original. Habla también de los elementos paródicos de la segunda parte, en la cual la personaje-narradora le cuenta a Foe su historia. Por último se dedica con especial detenimiento a la tercera parte, a la que llama "extraña". *El libro, que para Marx fue 'el canto al individualismo burgués', para el colonizado es una alegoría de su relación con el colonizador: Viernes ("Man Friday" en el original) es Calibán, el canibal al que se rescata de la barbarie primigenia sometiéndolo a la barbarie civilizada.*

Al escuchar esto, desde su trinchera latinoamericana y latinoamericanista, S. piensa en lo interesante que sería escribir un artículo sobre Foe que tomara como marco la teoría poscolonial. Tanto México como Sudáfrica fueron colonias y, en este sentido, las marcas que tienen ambos países son más parecidas de lo que se ha pensando. Habría que volver a la relectura que se ha hecho de "La tempestad" de Shakespeare desde esta perspectiva; volver a Franz Fanon y a Aimé Césaire, a Aníbal Ponce, a Leopoldo Zea, a Fernández Retamar.

"Si ustedes me lo permiten, dice Costello, levantando la vista hacia el auditorio, me gustaría detenerme en las últimas páginas. ¿Por qué? Porque allí aparece una de las obsesiones de Coetzee con la que me siento más identificada: su obsesión por el silencio. De los diversos puntos de partida que podría elegir, continúa, elijo esta frase de Foe: *En toda historia siempre hay, en mi opinión, algún silencio, alguna mirada oculta, una palabra que se calla. Hasta que no hayamos dado expresión a lo inefable no habremos llegado al corazón de la historia.*" (Coetzee, Foe², p. 141) Páginas más adelante sabemos que el único que podrá hacerlo es aquel que no tiene lengua – en sentido figurado, pero también en sentido real –: Viernes, a quien los traficantes de esclavos se la han cortado. La única historia verdadera será la que él . La única historia verdadera será la que él con su propia voz, cuente. La voz de Viernes es la voz que habla de la relación originaria con la naturaleza, una relación fundacional e infinita. *De su boca sin aliento brotan los sonidos de la isla*, escribe Coetzee en ese cortísimo e inquietante cuarto y último capítulo de la novela. Allí, en el esclavo negro que es 'nadie' para los blancos ingleses (*Soy yo, Susan Barton – anuncié –. Vengo sola, con Viernes.* (Foe, p.113).) pareciera estar la única verdad posible, la de los 'sin voz'. Por eso el párrafo final es tan conmovedor: *Su boca (la de Viernes) se abre. De su interior, sin aliento, sin interrupción, brota una lenta corriente. Fluye por todo su cuerpo y se desborda sobre el mío; atraviesa la pared del camarote, los restos del barco hundido, bate los acantilados y playas de la isla, se bifurca hacia el norte y hacia el sur, hasta los últimos confines de la tierra.* (Foe, p.156)"

Elizabeth Costello se detiene. ¿Conmovida o cansada? O quizás su silencio busque provocar cierto efecto en la audiencia. Los segundos parecen eternos. Alguien intenta un aplauso, los chistidos para silenciarlo no se hacen esperar. Piensa entonces que no importa cuán brillante sea una persona, cuando envejece la vemos siempre con cierta conmiseración. "Pobre viejo", pensamos. Y con las mujeres es peor. Todo es peor con las mujeres.

² La edición que se usará a lo largo del texto es: Coetzee J. M., 2014, *Foe*, Debolsillo, México.



La escritora retoma el hilo de la conferencia:

“Pocas páginas antes, los personajes habían hablado de dios: *Dios creó nuestro mundo mediante el verbo – dice Foe –; pero, en vez de la palabra hablada, pregunto yo, ¿por qué no pudo valerse de la escrita?, ¿no escribiría, acaso, una Palabra tan larga, tan larga, que aún no hemos llegado a su término? ¿No podría ser que Dios escribiera incesantemente el mundo, el mundo y todo lo que éste contiene?* (Foe, p.143) Esa larga oración divina que, en palabras de Susan, no nos es dado descifrar, ¿no tiene algo en común con la ‘lenta corriente’ que brota del interior de Viernes? Tal vez el verdadero creador no sea el escritor sino aquellos que abrevan en fuentes que están más allá de las palabras, más allá del lenguaje, aquellos que pueden dar expresión a lo inefable. Tal vez los escritores sólo sirvamos como amanuenses. Por eso – continúa – la clave de la literatura estaría, más que en la propia enunciación del autor, en la escucha de todos los Viernes que nos rodean.”

S. escribe rápidamente: “...en la escucha de todos los Viernes...”.

“No es azaroso que el discurso que Coetzee pronunciara al recibir el Premio Nobel de Literatura, ocho años después de publicada la novela Foe, se centrara en Robinson Crusoe. En esas páginas pone en escena nuevamente preguntas que son recurrentes en sus obras: ¿Quién es el autor de un libro: quien lo escribe, quien lo protagoniza o quien cuenta la historia? ¿Dónde termina la realidad y empieza la ficción?

El discurso fue antecedido por estas palabras:

En esta breve lectura que voy a hacer de lo que se titula ‘Él y su hombre’ o ‘Su hombre y él’, ya no recuerdo bien, quiero recordar al niño que, sin nunca antes haber oído hablar de él, conoció a Robinson Crusoe por el año 1948 o 1949. Yo – o ese a quien llamo yo – descubrí entonces y leí con la mayor atención aquella historia del hombre arrojado a una isla a la que convierte en su reino. Había alguien más en la historia, un tal Daniel Defoe. ¿Cuál era su papel? ¿Cómo encajaba él dentro? Decían que era el autor pero yo no entendía porque a mí, quien me estaba narrando el relato era Robinson Crusoe. Así que, ¿quién era Defoe? ¿Un apodo de Robinson Crusoe? (Coetzee, “Discurso de recepción del Premio Nobel de Literatura”).

“El título de la conferencia, dice Costello, hace referencia a dos personajes ‘él y su hombre’: Daniel Defoe y Robinson Crusoe se colocan en uno u otro lugar a lo largo de las páginas del texto. El relato que emprende Coetzee en Estocolmo a partir de esto es incómodo. Pone allí en escena las historias más turbias escritas por Defoe. Historias del incipiente capitalismo del siglo XVIII y los horrores que lo sostienen: la guillotina como instrumento de precisión, y la creación de los ‘patos señuelo’ que se usan para engañar a otros patos y así poder darles caza. Es decir: la tecnología y la inventiva puestas al servicio de dar muerte a seres humanos y a animales.”

En ese momento las cerca de doscientas personas que la escuchaban deben haber pensado, igual que S., en las conferencias que dio la propia Costello y que publicó en el libro *Las vidas de los animales*. Seguramente nadie que lea esas páginas volverá a comer carne en su vida. Recordó también una polémica fuerte que provocó una de esas charlas (¿la habrán recordado las otras doscientas personas?). ¿Habría de ese tema más adelante? Si ella no lo mencionaba, seguramente aparecería en alguna



de las preguntas que le harían al final. S. no sabía bien si quería que se hablara de él. No quería que su escritora pasara un mal rato volviendo a explicar por enésima vez qué fue lo que quiso decir cuando dijo lo que dijo.

Costello continuó: "*Coetzee llevó a Crusoe a ver las aves de Boston, en Lincolnshire (Inglaterra), y el mismo personaje las describió creando una metáfora con ellos sobre la libertad de que gozaban en Inglaterra y la opresión que sufrían al emigrar a Holanda o Alemania. Describió cómo Robin envejecía en Bristol 'con su cara bronceada por el sol tropical antes de que se protegiera con una hoja que hacía de parasol y en la que se proyectaba su sombra y que conserva todavía en su habitación en la esquina donde estaba el loro, que ya murió y que le decía: '¡Pobre Robin Crusoe! ¡Quién salvará al pobre Robin' (Discurso Premio Nobel)*". También recordó a Viernes, su sirviente, alejado de las aventuras como él. Y las huellas de quienes lo persiguen, el rastro seguro de quien lo acecha, todos los recuerdos que escribe le brotan fácilmente, casi sin pensar pero nota que alguien crea a su lado. ¿Cómo debe imaginarse esa compañía, a ese hombre y a él? ¿Como señor y esclavo? ¿Cómo hermanos gemelos? ¿Cómo compañeros de armas? ¿O como enemigos? ¿Cómo debe llamar a ese compañero sin nombre, que comparte las noches, las madrugadas, que desaparece durante el día cuando él, Robin, se acerca a los muelles para comprobar los nuevos atraques y su hombre galopa por el reino inspeccionándolo todo?", se preguntó el autor. Con esto cierro, dijo la conferenciante, la primera parte de esta charla, y tomo el pretexto de la pregunta por la autoría de las obras literarias para hablar de algunos de mis libros, indisolublemente ligados a los del Nobel sudafricano. ¿Será que Australia también fue colonia? ¿Será que tenemos una mirada similar sobre la literatura y sobre lo que ésta significa en el mundo? ¿Será que coincidimos en algunas de las ideas sobre la función del escritor en la sociedad actual? No lo sé realmente; lo que sí tengo claro es que Coetzee es el autor contemporáneo con quien siento mayor afinidad. Y diría que mi primera novela, ésa que veo que muchos de ustedes traen consigo, tendría que decir que "muchas", en femenino y en español (en ese momento hubo sonrisas en todo el auditorio) *La casa de Eccles Street* – no confundir, por favor, con la estupenda *La casa en Mango Street* de la chicana Sandra Cisneros – está emparentada en más de un sentido con *Foe*. Señalo sólo algunos elementos: el más obvio, por supuesto, es el hecho de tomar un personaje de otra novela y escribir sobre él. En mi caso tengo que decir que la pasión que sentí por Molly Bloom, a partir de su monólogo, es de vieja data. Desde el momento en que me acerqué por primera vez al *Ulises* de Joyce pensé que algo más valdría la pena escribir sobre un personaje como ella. Así nació el borrador de mi novela. Como ustedes seguramente saben Eccles Street número 7 es la dirección de la casa de Molly y Leopold Bloom."

S. recuerda cuando viajó desde Londres a Dublín especialmente para conocer ese lugar. Así de fuerte era su pasión de estudiante por la novela de Costello.

"Se dice – continúa la escritora – que Joyce se inspiró en su propia esposa, Nora Barnacle, para crear a Molly, nombre con el que suele llamarse a las Marion. De hecho, todo el *Ulises* transcurre en un solo día, el 16 de junio de 1904, fecha que corresponde en la realidad a la primera cita que tuvieron Joyce y Nora. También existe la hipótesis de que el modelo en el cual se basó no fue Nora sino Amalia Popper, una de las



estudiantes a las que enseñaba inglés en la época en que vivió en Trieste. Amalia, con quien parece que tuvo un romance, era hija de un hombre de negocios judío llamado Leopoldo Popper. Mi fascinación por el monólogo de Molly Bloom me llevó a tomar el punto de vista de ella para reconstruir la historia.”

S. imagina que la mayor parte de mujeres que hay en el público podría, como ella, recitar de memoria el comienzo de *La casa en Eccles Street*: “Vine a Eccles Street porque me dijeron que aquí encontraría la felicidad. Yo era muy joven entonces y creía aún que ser feliz era posible.” Y está segura de que todas aquellas que recitan párrafos enteros de memoria deben haber llorado y se deben haber reído igual que ella al leer las páginas de la novela.

“Y ya que estamos hablando de mi obra, sé que hay una cuestión sobre la que ustedes van a hacerme alguna pregunta. Y lo sé porque no hay una sola vez en que yo me presente en público en que no surja esa pregunta. Tiene que ver con la polémica que se armó a raíz de lo que dije en *Las vidas de los animales*. Es decir la polémica por la relación que establecí entre el Holocausto y las matanzas cotidianas de animales. Ahí dije textualmente: *Estamos rodeados de una industria de la degradación, la crueldad y la muerte que iguala cualquier cosa de que fuera capaz el Tercer Reich, incluso la hace palidecer, dado que la nuestra es una industria sin fin, que se autoregenera, que trae al mundo conejos, ratas, aves de corral y ganado con el único propósito de matarlos*”. (Elizabeth Costello, p. 70)

Todos allí conocían los argumentos de esa tranquila mujer que parecía casi aburrida de sus palabras. La pregunta que ella hacía era absolutamente pertinente: *¿Tenemos algo en común (razón, autoconciencia, alma) con el resto de los animales? (Con el corolario de que, de no ser así, entonces tenemos derechos a tratarlos como queramos, a encarcelarlos, a matarlos y a deshonorar sus cadáveres.) Regreso a los campos de exterminio. El horror específico de los campos, el horror que nos convence de que lo que pasó allí fue un crimen contra la humanidad, no es que los asesinos trataran a sus víctimas como a piojos a pesar de que compartían con ellas la condición humana. Eso también es abstracto. El horror es que los asesinos se negaran a pensarse a sí mismos en el lugar de sus víctimas.* (Elizabeth Costello, p. 84) Por eso, lo sabe bien S., Costello apela a la compasión, esa facultad de compartir el ser ajeno. “Para escribir aquella novela tuve que ponerme en la piel de Molly Bloom, es decir de un personaje de ficción, de un personaje que no existe, que nunca ha existido. Si puedo ponerme en el lugar de un ser que no ha existido nunca, también puedo ponerme en el lugar de un murciélago, de un chimpancé o de una ostra. De cualquier ser con el que comparta el sustrato de la vida. (...) Regreso una vez más a los centros de la muerte que nos rodean... Cada día hay un nuevo holocausto, y sin embargo, por lo que veo, nuestro ser moral permanece intacto. No nos sentimos contaminados. Parece que podamos hacer cualquier cosa y salir impolutos. Nos gusta pensar que los nazis, los asesinos, tendrán una muerte que les cobre las que ellos han cometido. Pero las pruebas indican lo contrario: que podemos hacer lo que sea y quedar impunes. Que no hay castigo. (p. 85)

Los aplausos no se hicieron esperar a la vez que aparecían entre el público carteles de “Vegan power” y “Green is life”.



“Y ahora, queridas amigas, queridos amigos, sólo me resta guardar silencio. El silencio puede ser el espacio más significativo del lenguaje. Bien lo sabía Kafka cuando decía que ‘Peor que el canto de las sirenas es el silencio de las sirenas’. A veces es en los seres silenciosos donde se encuentra el vínculo con lo inefable, como en el caso de Viernes. A veces sencillamente los individuos podemos sentirnos demasiado atados a la sociedad por el lenguaje. Como muchos de ustedes saben uno de mis libros termina con un ejercicio similar al que hice con Molly Bloom, que a su vez es similar al que Coetzee hizo con Foe. Se trata de la carta de Lady Chandos que de algún modo juega en espejo con la famosísima carta de Lord Chandos escrita por Hugo von Hofmannsthal en 1902, con menos de treinta años. En esa carta, supuestamente escrita en 1603. Lord Chandos dice:

Mi caso es, en dos palabras, el siguiente: he perdido completamente la facultad de pensar o hablar con coherencia sobre cualquier cosa. Al principio, se me fue volviendo imposible discutir sobre un tema elevado o general y pronunciar aquellas palabras tan fáciles de usar que cualquier hombre puede servirse de ellas sin esfuerzo. Sentía un malestar inexplicable sólo con pronunciar 'espíritu', 'alma' o 'cuerpo'. Encontraba imposible dar un juicio en mi interior acerca de los asuntos de la corte, los sucesos del parlamento o lo que queráis, porque las palabras abstractas que usa la lengua de modo natural para sacar a la luz cualquier tipo de juicio se me deshacían en la boca como hongos podridos. (Hugo Von Hofmannsthal, Carta de Lord Chandos)

“Mi Lady Chandos le pide ayuda a sir Francis Bacon para salvar a su marido de la sensación de desmoronamiento que le provocan las palabras. Es una mujer desesperada por la conciencia de una doble vulnerabilidad ante el lenguaje: la de su marido y la suya propia. ¿Cómo se escribe desde una sensación como ésa? ¿Qué sentido puede tener la escritura? Creo – termina Costello – que no hay escritor que se precie que no se haga estas preguntas. Qué es la realidad y qué no lo es. Cuál es la relación entre el lenguaje y la realidad, son algunos de los cuestionamientos que nos hacemos de manera casi obsesiva. Nuestra vida suele transcurrir con la ilusión de que las palabras equivalen a la realidad. Sabemos que el lenguaje nunca podrá sustituir lo vivido, y sin embargo... Lord Chandos elige callar para volver a sentir la cercanía de la realidad.”

“Chandos ‘descubre así que la cumbre más alta de su destino literario no son las trompetas del éxito, las felicitaciones de la crítica o un lugar inmortal en la historia de las letras. Su verdadera cima es cabalgar, silencioso, entre las colmenas de la miel siempre nueva de la mañana’.

“¿Y Lady Chandos? Le pide ayuda a Bacon para que salve a su marido y la salve, entonces, a ella misma, de los silencios, de las palabras, de la angustia que acompaña el desmoronamiento del lenguaje.”

Elizabeth Costello levanta, entonces, la vista de los papeles, mira de frente a su auditorio y repite “Ahora sólo me queda guardar silencio”.

Los aplausos son atronadores. Se escuchan algunos “¡Brava!” gritados con entusiasmo. S. aplaude rabiosamente, deseando que nunca su escritora guarde silencio. La gente comienza a arremolinarse alrededor de esta eterna candidata al



Premio Nobel. Alguien pone un poco de orden. S. se forma para tener la ansiada firma en su viejo y amado ejemplar de *La casa en Eccles Street*. En el vuelo de regreso a su país releerá una vez más esa novela que la deslumbró por primera vez cuando tenía poco más de veinte años. Esta vez a su lectura sumará la emoción de haber escuchado personalmente a la genial Elizabeth Costello, una mujer que le cambió la vida.

Sandra Lorenzano es narradora, poeta y ensayista "argen-mex" (nació en Buenos Aires, pero vive en México desde 1976). Es doctora en Letras por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), se especializa en cultura y literatura latinoamericanas, tema sobre el cual ha publicado numerosos artículos en diversos libros y revistas de circulación nacional e internacional. Durante más de diez años fue miembro del Sistema Nacional de Investigadores, y actualmente forma parte del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Es Subdirectora del Centro Cultural Tlatelolco de la UNAM. De 2000 a 2016 se desempeñó como Vicerrectora de la Universidad del Claustro de Sor Juana.

Colabora regularmente en diversos medios de comunicación de América Latina (W Radio, Milenio, El Universal, Clarín, entre otros). Es coordinadora de los libros *La literatura es una película. Revisiones sobre Manuel Puig; Aproximaciones a Sor Juana; Políticas de la memoria: tensiones en la palabra y la imagen; Lo escrito mañana. Narradores mexicanos nacidos en los 60 y Pasiones y obsesiones. Secretos del oficio de escribir*. Entre sus obras están también *Escrituras de sobrevivencia. Narrativa argentina y dictadura* (Mención Especial en el Premio Nacional de Ensayo Literario José Revueltas), el poemario *Vestigios (Pre-Textos)* y las novelas *Saudades* (Fondo de Cultura Económica), *Fuga en mí menor* (Tusquets), y *La estirpe del silencio* (Seix Barral), las tres consideradas por la crítica dentro de los mejores libros de 2007, 2012 y 2015, respectivamente. Actualmente tiene en prensa el poemario *Herencia* (Vaso Roto Ediciones).

slorenzano@gmail.com